



WORLD
WARCRAFT
MISTS of PANDARIA

La Prueba de las Flores Rojas

por Cameron Dayton

Diez llevaba toda la tarde siguiendo a los forasteros y estaba seguro de que tenían dinero. Podía adivinarlo por sus posturas, por sus ropajes y por la confianza con que se movían por el mercado. Percibir la riqueza de los objetivos potenciales era un hábito que había permitido a Diez seguir vivo aun en estos tiempos tan difíciles.

Eran cuatro. Cuatro viajeros del norte, a juzgar por sus pesadas capas. Y si sus atuendos tan poco apropiados para la época no eran prueba suficiente de que no eran de por allí, el guía que eligieron no dejaba lugar a dudas: Jogu, el jinyu viejo y ebrio que se pasaba la mayor parte del tiempo sesteando junto a la pequeña alberca de agua estancada cerca del mercado. Jogu, flaco para ser un jinyu, era dado a divagar arrastrando las palabras y le faltaban escamas. La razón de que estos caballeros lo hubieran elegido *a él* como guía era un misterio para Diez. En cualquier caso, la paga debía de haber sido jugosa, porque Jogu demostraba más energía que la que había tenido en años, haciendo gestos y señalando los mediocres paisajes y vistas del Mercado del Alcor como si fueran monumentos del Templo de Jade.

Los cuatro viajeros, por su parte, permanecían en silencio, sin responder a las gansadas del hombre pez. Era evidente que estos pandaren esperaban un guía más directo y *callado* y que ya estaban lamentando su decisión.

Diez apoyó la espalda en la pared del callejón, tratando de pensar. No era fácil hacerlo cuando el estómago le dolía así, pero eso no iba a cambiar a menos que pusiera su mente a trabajar. La cosecha había sido mala esta temporada, incluso aquí en el Valle de los Cuatro Vientos. Los granjeros tenían ahora más cuidado con sus mercancías, y en las rutas comerciales había más guardias apostados que nunca. Hacía un día desde la última vez que había comido. Un melocotón que se había caído del carro de un vendedor de frutas que volvía del mercado. O al menos parecía que se había caído del carro, justo al pasar haciendo estruendo por delante de donde estaba Diez, sentado en las sombras. Diez ya se había beneficiado en otras ocasiones de la "falta de atención" de Kim Won Gi; quería darle las

gracias al generoso comerciante... pero no estaba dispuesto a dejar de robarle. ¿Cómo si no iba un ladrón a sobrevivir?

Ladrón. Diez no se sentía orgulloso de lo que hacía, de lo que tenía que hacer. De haber estado vivo su padre, se le habría partido el corazón.

Uno no puede cambiar las estaciones.

El grupo había echado a andar. Jogu había terminado un largo soliloquio sobre el Santuario del Comerciante Honrado, una presentación aparentemente épica y emotiva acompañada de grandes aspavientos. Se había quedado ahí plantado con los brazos en alto cual recio árbol taolun, pero cuando los clientes de Jogu no respondieron a su actuación ni le dieron propina alguna se encogió de hombros y siguió andando. Los forasteros lo siguieron, uno de ellos sacudiendo la cabeza.

Llegados a este punto, Diez estaba convencido de que se dirigían al Consejo de los Labradores. Era el único edificio destacable en aquella dirección. Diez sonrió. Estaba claro que estos extranjeros adinerados estaban aquí para ver al poderoso gremio de granjeros, tal vez para discutir de negocios o contratos. ¿Eran mercaderes, quizá? Eso explicaría las voluminosas capas que cubrían esas amplias y bien alimentadas barrigas. Y, si Diez estaba en lo cierto, cubrirían asimismo profundos bolsillos y monederos cargados de oro. Al mirar detenidamente, podía ver la forma como la tela oscura se ceñía en torno a las cinturas de los viajeros. Sí, ahí debajo había monedas. Los dedos se le movieron solos.

El grupo estaba cruzando el puente de Fo cuando se produjo el percance. Nam Zarpa Férrea, el maestro de despensa, acababa de llegar al punto más alto del puente con un carro cargado de salmón. La rueda de uno de los lados se había aflojado y, cuando Nam saludaba a los viajeros que se acercaban, se torció de repente bajo el peso de la carga. El fornido tendero se giró horrorizado, impotente mientras el sobrecargado carro volcaba y esparcía por el puente la abundante pesca de una noche.

—¡No! ¡No! —exclamó mientras sus bigotes temblaban como reflejo visual de su frustración.

Una avalancha plateada y húmeda se deslizó por los tablones del puente, con las elevadas balaustradas encauzándola directamente hacia el aterrado Jogu y sus clientes. El pobre jinyu, claramente ebrio aún, se hizo eco de los gritos de Nam ante la oleada de pescado que se les venía encima —¡No! ¡No!— e intentó que el pescado se apartara con ademanes desesperados e implorantes. Los salmones muertos no le hicieron ningún caso.

El grupo quedó enterrado en medio de un húmedo estrépito. Diez hizo una mueca de asco al pensar en la idea —y el olor— de ser sepultado bajo tan viscoso alud. Transcurrido otro segundo, los salmones restantes se deslizaron por los laterales del puente para caer al río. Los cuatro mercaderes pandaren se habían agazapado y agarrado a los tablones para mantener el equilibrio, y estaban ahora ayudándose unos a otros a volver a ponerse en pie. Jogu había sido arrastrado al agua por los peces y no había vuelto a la superficie. Aquello tenía más de gracioso que de preocupante: como jinyu que era, el borracho estaba más en su salsa allí que en tierra. Gritos y risotadas llegaron desde el mercado mientras la familia de Nam y otros aldeanos se acercaban a todo correr.

Diez sabía que no habría mejor ocasión para actuar.

Escurriéndose desde las sombras, se unió a la multitud que iba hacia el carro volcado. Ligeroy delgado para sus catorce años, con partes de pelaje gris que la mayoría de pandaren tenían blancas, a Diez le resultó fácil pasar desapercibido en medio del caos. Era lo habitual. Ser inadvertido era como una especialidad para el hijo menor de un pobre plantador de nabas, un hijo cuyo nombre respondía simplemente al orden de su nacimiento.

Sus cinco hermanos mayores habían dividido la propiedad cuando padre murió, pero enseguida comprendieron que cinco partes de una granja en apuros apenas darían para vivir. ¿Qué sentido tenía dividirla aún más si con ello iban todos a pasar hambre? Así, a los otros cinco hermanos, los más pequeños, se les dio la opción de quedarse como mozos de labranza... o marcharse. Diez eligió esto último, para gran alivio de sus hermanos. De todos modos aquella granja no tenía nada que ofrecer a un joven pandaren. Dudaba que hubieran notado su ausencia.

Podía ver un poco más adelante a miembros de la familia Zarpa Férrea intentando levantar el carro mientras otros recogían todos los peces que podían en cestos, cazos y en los delantales. Nam se acercó a los cuatro forasteros con la cabeza gacha y se disculpó profusamente. Diez esperaba que aquellos cuatro mercaderes ricachones estuvieran furiosos por tan pingosa bienvenida a El Alcor, pero se sorprendió al verlos reír: una risa suave y retumbante que prácticamente hacía temblar el puente mientras se quitaban escamas de los sombreros, dándose palmadas en los hombros unos a otros. Uno de los viajeros se sacó un enorme pescado del cuello y se lo entregó a Nam haciéndole una señal con la cabeza. El maestro de despensa se sintió aliviado por su buen humor y se alejó para supervisar la recuperación del pescado. El precio del salmón era caro, y no había tenido el carro tan lleno desde hacía meses.

Diez avanzó, recogiendo pescado en silencio junto al resto de la familia Zarpa Férrea. Al acercarse a los viajeros fingió resbalar y topar con el más voluminoso de ellos. El mercader se dio la vuelta y Diez se quedó sin respiración. Su objetivo solo tenía un ojo. Una larga

cicatriz recorría el rostro del viajero desde la frente a la barbilla, y un parche negro cubría la zona donde debería haber estado el ojo. El mercader, claramente acostumbrado a este tipo de reacción, sonrió y sujetó a Diez, advirtiéndole de que anduviera con cuidado por los tablones mojados. Su voz era fuerte pero amable, y el joven ladrón sintió una punzada de remordimiento por robar a esta alma gentil.

Pero los pensamientos amables no acallan un estómago rugiente.

Diez agachó la cabeza tímidamente, como haría un simple jovencito del pueblo, y se alejó. Se había metido por debajo de la mugrienta túnica el monedero de cuero que había sustraído de la capa del mercader y estaba ansioso por ver qué riquezas había robado. ¿Oro? No pesaba tanto. ¿Joyas? Posiblemente. Lo suficiente para comprar unas cuantas comidas calientes y otra manta, esperaba. El invierno llegaría pronto y le preocupaba el frío. El pequeño pandaren había procurado meterse además algunos de los peces más pequeños en los bolsillos, pero no quiso tentar a su suerte. Su estómago gruñó de nuevo.

Llegó al final del mercado y fingió sacudirse las escamas de las mangas mientras inspeccionaba la escena que había dejado atrás. Nadie había reparado en la marcha de Diez, y todos seguían aún enfrascados en recuperar el pescado antes de que la lenta corriente se los llevara todos. Sacándose el monedero de la túnica, desanudó rápidamente el cordel de cuero y se vació el contenido en la zarpa.

No era oro, ni joyas. Era un pergamino. A Diez se le cayó el alma a los pies. Un estúpido pergamino enrollado en una simple vara de latón con extremos de marfil. Levantó el delicado objeto y rompió el sello de cera para ver si podía separar las piezas. Tal vez pudiera vender el marfil.

Sus ojos se deslizaron por la página, leyendo las palabras sin querer. Años atrás, Siete había enseñado a su hermano pequeño a leer para que por lo menos pudiera ayudar con el recuento tras la recolección. Diez había aprendido rápidamente, y la habilidad le resultó útil a la hora de seleccionar qué bolsa llevarse de un tenderete desatendido. El mensaje estaba escrito en trazos fuertes, presurosos, y según lo leía sintió el pánico crecer en su vacío estómago.

Honorable Haohan Zarpa Fangosa, líder de los labradores del Valle de los Cuatro Vientos:

Este mensaje llega con un saludo, una bendición a vuestros campos y una advertencia. Nuestras fuentes nos informan de que varias tribus yaungol se desplazaban al este desde las Estepas de Tong Long de un modo que podría indicar

una agresión próxima. En siglos anteriores, esto ha ocurrido cuando surgían los mántides, con sus colmenas creciendo en tales cifras que incluso nuestros poderosos vecinos con pezuñas huían de ellos. Nuestras fuerzas propias escasean, Haohan, y tenemos que comenzar a almacenar suministros para un posible conflicto. Bien sabemos de vuestra exigua cosecha este año, y de vuestro deber de alimentar a la gente del valle y de más allá. Pero nuestra necesidad es acuciante. Enviadnos por favor cuanto podáis con estos estimados guardianes. Ellos se asegurarán de que todo aquello de lo que vuestra generosidad os permita prescindir llegue sano y salvo.

Estas no eran las palabras de un mercader.

Estimados guardianes. Estos viajeros no habían venido a comerciar. La impronta de la parte inferior del pergamino hizo a Diez perder el aliento. Era una marca sencilla, un círculo con rayas curvas a los lados, la cara de un tigre blanco gruñendo.

¡El Shadopan!

De pronto se produjo un revuelo en el puente. Diez se dio la vuelta, metiéndose rápidamente el pergamino en la túnica. Jogu había salido del agua y estaba chillando y señalando... señalando a Diez.

—¡Al ladrón! ¡Han robado a mis buenos señores! ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

Al principio nadie sabía de qué hablaba el histérico jinyu. Algunos miraban a Diez con desconfianza, y unos cuantos se reían de Jogu, burlándose de sus vaguedades éticas. Pero el gran pandaren con el que Diez había tropezado se palpó el bolsillo y luego hizo un rápido ademán a sus compañeros. Sus capas cayeron para dejar al descubierto sus armas: espadas, lanzas, hojas que destellaban amenazantes a la luz del sol. Sí, después de todo estaban ocultando algo. Diez estaba en lo cierto a medias.

Era hora de largarse.

Maldiciendo entre dientes, Diez dio media vuelta y echó a correr por el mercado.

Un mercado repleto de granjeros, pescadores y vendedores de fruta, y ¿a quién decido yo robar? A la cuadrilla de asesinos armados.

Su mente daba vueltas, intentando recordar lo poco que conocía sobre los Shadopan. Nunca había tenido mucho tiempo para interesarse por la historia. Eran una fuerza militar de élite, algo que rara vez se veía en este tranquilo valle. Diez sabía que el Shadopan custodiaba el muro del oeste, que protegía las tierras pandaren de criaturas malvadas como los mántides. Había oído historias contadas por otros ladrones y maleantes que convivían con él en los callejones. Historias sobre el Shadopan y su habilidad de andar sobre el filo de una espada, cazar una flecha al vuelo y atacar a un enemigo de forma que el corazón le estallara en el pecho. Había oído que los Shadopan no perdonaban a quienes se cruzaban con ellos ni olvidaban ninguna afrenta.

Diez se palpó mientras corría. Notaba cómo le martilleaba el corazón... aún intacto. El pergamino botaba a cada paso, con los puños de marfil repicando contra su pecho huesudo, casi como llamando a los perseguidores de Diez.

Ya podía oír fuertes pisadas a sus espaldas. Eran unos guerreros veloces. Se oyó un sonido sibilante y Diez se agachó justo cuando una lanza se hincó con un golpe sordo en el poste que sostenía el puesto de un vendedor, enfrente de él. El comerciante gritó y tiró un cazo de sopa por los aires. El caldo ardiente salpicó la cara de un irascible hozen que vendía bártulos de cocina en el tenderete de al lado. Dando saltos de rabia, el mono le lanzó un cucharón a Diez, quien esquivó el arrojado utensilio y trató de encontrar alguna vía de escape.

Pudo ver su reflejo en otro cazo que colgaba del puesto del vendedor de sopa. Dos de los Shadopan se le acercaban rápidamente por cada lado... y no había por donde salir corriendo.

Por tanto no corrió. Lo que hizo fue saltar, cayendo con un pie en el mango de la lanza del Shadopan incrustada en el poste que tenía delante. Rezando para que el robusto bambú aguantara su peso, Diez se encorvó cuando el mango se doblaba para recuperar luego su posición, catapultándolo como un resorte por encima del tenderete y dejando a los dos Shadopan pestañeando al sol de la tarde.

Buena lanza. Al menos tenía razón en algo: los viajeros son ricos.

Cayó rodando en la hierba de detrás del mercado. Los gritos resonaban por todas partes: aún no se había desembarazado de sus perseguidores. Los dos Shadopan llegaron tras rodear los tenderetes, obviamente impresionados por sus acrobacias. El ladrón sabía que no tendría ninguna posibilidad de escapar de aquellos pandaren más fuertes y veloces en campo abierto. Iba a tener que intentar despistarlos en las callejuelas. Maldiciendo de nuevo, salió a todo correr por el borde del mercado en dirección al pueblo. En lo alto, un halcón chillaba.

El pueblo estaba cuesta arriba, y los Shadopan le pisaban ya los talones cuando llegó a la taberna La Naba Perezosa. La tabernera Lei Lan dio un grito cuando Diez entró abriendo la puerta de golpe y le tiró la bandeja de bebidas al suelo. Diez hizo una mueca por haber echado a perder tan deliciosa Cerveza de Trueno por sus prisas, pero ya nada se podía hacer. El primer Shadopan que venía detrás resbaló en aquel espumoso estropicio y tropezó con la tabernera, quien apenas había recuperado el equilibrio. El segundo perseguidor saltó por encima de su compañero y siguió a Diez hacia la cocina, gruñendo de forma bien audible. Al parecer, aquel ratero palurdo ya había causado a los Shadopan más problemas de lo que esperaban.

Diez entró a galope en la cocina, dando tal susto al maestro de especias Jin Jao que este lanzó sus entregas al aire y se puso a renegar. Diez siguió corriendo, deslizándose por entre las piernas de Jin Jao y continuando escaleras arriba. Podía oír detrás de él las pesadas pisadas de su perseguidor Shadopan en la cocina y las airadas protestas del maestro de especias por sus productos echados a perder, en primer lugar, y su indignación aún mayor por ser luego apartado a empujones por aquellos "patanes sin modales". Diez llegó a lo alto de las escaleras y luego echó a correr por el pasillo, intentando abrir cada una de las puertas. Aquí era donde vivía el personal de la taberna, y evidentemente tenían sus habitaciones cerradas con llave. Diez maldijo, consciente de que no tenía tiempo de forzar las cerraduras.

La última puerta no estaba cerrada, y Diez supo por el olor que allí era donde Den Den vivía. Den Den era el camarero hozen de la taberna. No era mal tipo para ser un mono, y desde luego era bastante más afable que su primo, el lanzador de cucharones. Den Den le había cambiado una vez una jarra de Cerveza de Trueno por una granada —obviamente afanada del carro de Gi—, y Diez siempre había tenido en cuenta su generosidad. Pero la habitación era un cubil maloliente que más parecía un vertedero que una morada. Ropa de cama sin limpiar, montones de pepitas, un barril lleno de mondas de frutas y... algo que parecía ser el maniquí de una hembra hozen confeccionado con pelo enmarañado. Diez arrugó la nariz y se puso a escarbar en la basura que había contra la pared del otro lado de la habitación, en busca de la ventana. Al fin, un rayo de luz brilló entre sus dedos: ¡lo había conseguido!

—¡Aléjate de la pared, ladrón!

La voz tenía un tono enfadado pero firme. Diez casi podía *sentir* la lanza que le apuntaba a la espalda. Girándose lentamente con las zarpas levantadas, intentó esbozar una sonrisa forzada. Había dos Shadopan en la entrada, a los que se unió un tercero que chorreaba cerveza.

—Hola, caballeros. Bienvenidos a El Alcor. Estaba aquí arriba buscando medicinas para mi madre enferma, y...

—¡Silencio, alfeñique! —bramó el guerrero empapado, blandiendo una espada. Tenía el semblante desencajado, tanto por la cerveza como por haber arrollado a la adorable tabernera de una forma muy poco caballerosa. Diez decidió tener la boca cerrada.

Otro Shadopan, el que había proporcionado su lanza para que Diez pudiera escapar en el mercado, colocó una zarpa en el hombro de su furibundo compañero. Llevaba un pañuelo rojo al cuello, y los otros dos se separaron para dejarlo pasar. Aunque había recuperado su lanza del tenderete, Diez percibía que este guerrero no necesitaba un arma para matar. Se notaba en la seguridad de sus movimientos, en las cicatrices de sus zarpas y en la intensidad de sus ojos dorados.

—Estás jugando con fuego, ladronzuelo. Aquí mi amigo cree que eres un espía enviado a interceptar nuestra misiva y entregársela a nuestros enemigos. Prefiero pensar que no eres más que un necio y que tu simple acto criminal te ha puesto en más peligro del que creías.

El Shadopan dio un paso adelante y extendió una zarpa.

—Deprisa, mi maestro espera abajo. Entrégame el pergamino que has robado. No hagas ningún movimiento brusco o aquí Tao-Long te ensartará seguramente de la nariz a la cola. Haz lo que te digo y te garantizo un viaje rápido al Consejo de los Labradores para que te juzguen y te sentencien probablemente a trabajos forzados en el granero.

Diez inspiró. Se metió lentamente la mano en la túnica y sacó el pergamino. Inició el gesto de dárselo al Shadopan, que asentía, y entonces se detuvo.

—Y... ¿hay alguna otra opción?

El guerrero del pañuelo rojo torció el gesto y su actitud se tornó fría.

—Por supuesto, puedes rechazar la clemencia que te he ofrecido y confirmar las sospechas de Tao-Long. Y en ese caso te *arrebataremos* el pergamino y también la vida. Pero no creas que eso significa simplemente que te mataremos, ladrón. Cuando el Shadopan te arrebatara la vida, significa que tu vida pasa a ser posesión nuestra. Te ataremos, te dejaremos sin ojos, sin pies y con solo dos dedos para que puedas alimentarte por ti mismo. Luego te amarraremos a una montura y te llevaremos a nuestro monasterio en lo alto de la Cima Kun-Lai. Al llegar, te pondremos en una cornisa helada a la espera de nuestros buscadores de la verdad.

En este punto, el Shadopan empapado de cerveza, Tao-Long, se sonrió y retorció levemente su espada. Era evidente qué opción prefería.

—Los buscadores de la verdad del Shadopan te enseñarán que la extracción previa de tus ojos era solo el primero y más considerado de nuestros agasajos. Averiguarán cómo te corrompieron los sha, qué sabes de sus designios y si deberían o no arrojarte a los vientos del cañón para que fueras juzgado.

Los ojos de Diez se habían abierto como platos y se llevó el pergamino a la cara como para tapar su miedo.

—E... esa opción tampoco me gusta.

Pañuelo Rojo sonrió con severidad y extendió su zarpa de nuevo. Diez se puso el pergamino a la altura de la boca y devolvió la sonrisa.

—Creo que preferiría una tercera opción.

Y entonces sopló sobre el pergamino. La guindilla en polvo que le había birlado a Jin Jao salió despedida en una nube roja que envolvió las caras de los pandaren apelotonados en la entrada, y gritos de sorpresa y dolor llenaron la pequeña estancia. Se oyó un golpazo, luego hubo un estrépito y entró un fognazo de luz solar. Diez había desaparecido.

Los Shadopan no eran propensos a ser presa del pánico, y tras unos instantes de maldecir y tropezar en tan picante niebla no tardaron en reorganizarse en el pasillo frente a la habitación. Pañuelo Rojo se había llevado la peor parte de la especia y tenía los ojos cerrados de tan hinchados bajo unos párpados furiosos. Le pidió a Tao-Long que lo acercara a la ventana rota para describirle lo que veía.

Tao-Long, apesadumbrado ahora por su ira anterior, condujo a su camarada a la ventana. Parpadeando con los ojos anegados también en lágrimas a la luz de la tarde, describió los postes de bambú resquebrajados que se extendían por debajo del antepecho, las ramas torcidas del árbol taolun que había al borde, un camino abierto precipitadamente entre los arbustos de debajo. Y luego... luego un río tranquilo que salía serpenteando del pueblo para adentrarse en los humedales de más allá. Un sinnúmero de lugares en los que desaparecer. El ladrón se había esfumado.

—Por ahora —refunfuñó Pañuelo Rojo, sonándose la chorreante nariz—. Solo se ha esfumado hasta que lo encontremos. Y entonces ese ladrón arrogante se enterará de los límites de la misericordia del Shadopan.

Dio un paso atrás y se dirigió a sus compañeros.

—Nuestra presa ha huido a las tierras blandas que hay más allá de esta patética colina. Un agente de los sha ha escapado de nuestras garras, hermanos. ¿Quiénes somos?

—Somos la espada en las sombras.

—¿Y acaso descansaremos?

—¡No flaquearemos!

Susurraron el mantra con pasión fría, con una determinación innegable. Y entonces, sin mediar más palabra, los Shadopan bajaron las escaleras, salieron de la taberna y se perdieron entre la multitud del mercado calle abajo.

Desde el tejado de encima de la ventana, Diez los vio marcharse. Se apoyó contra la techumbre y se estremeció. Los había engañado con el barril que había tirado a través de la ventana, y no se les ocurrió mirar en el alféizar que tenían encima. ¿Y por qué iban a hacerlo? ¿Qué clase de idiota se atraparía él solito en un tejado cuando podía escapar en cualquier dirección?

Un idiota demasiado pequeño para llegar muy lejos corriendo.

Había escapado, sí, pero ahora lo buscaban guerreros experimentados que no descansarían jamás. La convicción en sus voces había sido espeluznante. Esa *intensidad*. Diez nunca había conocido tal confianza. Más allá de este miedo, había algo más.

¿Admiración?

Otro halcón chilló en el cielo. Diez sacudió la cabeza y respondió susurrando.

—Considérate afortunado, amigo. Poder ser un cazador como estos, poder *elegir* cuál es tu camino y saber que lo seguirás hasta el final...

Dejó la frase sin terminar, lleno de anhelo. Esa clase de vida siempre estaría vetada a un ladrón como él.

—Se llama Plumablanca —dijo una voz extrañamente familiar—. Y más vale ser cazador que presa, raterillo. Pero el cazador que sabe ser presa atrapa piezas más veloces.

Diez se dio la vuelta, casi perdiendo el equilibrio en la techumbre. El mercader tuerto —no, el *Shadopan* tuerto— estaba sentado en el tejado de encima, con una gran lanza tendida en

las rodillas. El halcón volvió a chillar y luego descendió para posarse en el ancho hombro del pandaren. Diez intentó hablar, pero no le salía aire de los pulmones. Esa lanza... era lo bastante grande como para partirlo en dos. Empuñada por un guerrero curtido que podía subirse al tejado de una taberna con la velocidad y el sigilo de un viento vespertino; ¿no había mencionado Pañuelo Rojo a un *maestro*?

Voy a morir.

El maestro Shadopan frunció el ceño.

—Tienes algo que es mío. Me gustaría recuperarlo.

Boquiabierto, Diez buscó a tientas en su túnica y sacó el pergamino. Lo sacudió para intentar quitarle el polvo que aún pudiera quedar. Una pizca de polvo rojo saltó a una corriente de aire que, por desgracia, fue a parar a la cara de Diez. Este soltó un gritito patético y se puso a toser, con la mirada borrosa por las lágrimas.

El forastero se inclinó hacia delante, cogió el pergamino y se lo metió de vuelta en sus voluminosas vestiduras.

—¿Cómo te llamas, raterillo?

Pestañeando hasta que se le aclaró la vista, Diez tosió de nuevo.

—Me llamo Diez, señor.

—¿Diez, como el número diez?

—Sí, señor. Mi padre se quedó sin nombres interesantes tras el quinto hijo.

—Bueno, Diez. Mi teniente ya te ha descrito con cierto detalle el castigo por robar a un mensajero del Shadopan. Te ofreció una alternativa compasiva, y tú le devolviste el gesto literalmente a la cara.

Diez no estaba seguro de si sus ojos veían correctamente, pero le pareció notar la sombra de una sonrisa en la comisura de los labios del maestro Shadopan.

—Yo no soy tan bondadoso como Feng, pero quizá eso sea por haber estado tantos años en la muralla. Combatir a los sha, simplemente estar cerca de ellos... puede hacer que uno se

endurezca frente a los aspectos más amables de la vida. Aunque esos aspectos sean lo que luchas por preservar.

Diez no tenía muy claro de qué hablaba aquel enorme guerrero armado con una lanza, ni qué eran esos *sha*, pero estimó conveniente quedarse ahí callado y asentir. Sentía que su vida pendía de un hilo.

El maestro Shadopan miraba a Diez con su único ojo y parecía meditar. Diez estaba aterrado por aquella mirada sin pestañeos. Echó un vistazo a la lanza. La pesada lanza de ancho filo que el Shadopan sostenía como si nada. Diez tembló cuando la zarpa del guerrero asió el mango con más fuerza. Cabizbajo, cerró los ojos.

—Te ofrezco una tercera opción, Diez el del pergamino sazonado. Y una cuarta.

Diez alzó la vista sin estar muy seguro de qué estaba pasando. El Shadopan se levantó y puso un dedo en el pecho de Diez.

—Puedo matarte ahora mismo como alternativa misericordiosa al castigo que el leal Feng describió. Sería rápido e indoloro; mi hoja te atravesaría el cuello antes de que pudieras pestañear.

Y de pronto, tan rápido como un pensamiento, una hoja de metal frío y plateado del tamaño de un brazo brillaba bajo la barbilla de Diez. Instantes después, una ráfaga de viento siguió al movimiento de la lanza. Diez se estremeció, y su minúsculo movimiento contra la hoja hizo brotar un cálido hilillo de sangre. Esta se deslizó lentamente por todo el arma, que permanecía inmóvil pegada a su garganta. El Shadopan continuó.

—La otra opción, la más cruel, sería que te sometieras a la Prueba de las Flores Rojas.

Diez levantó las cejas en gesto interrogante, y el Shadopan bajó la lanza arrojando un suspiro.

—Que no te engañe el nombre. Cada siete estaciones, en los árboles sagrados de nuestro monasterio crecen unas flores de un rojo intenso. Es la señal para que comencemos las pruebas. Es el reto del dolor y el rigor necesario para quienes desean ingresar en nuestra orden. La prueba mata a la mayoría de quienes lo intentan, y desde luego tortura a *todos* los que aspiran a formar parte del Shadopan.

El guerrero apartó la lanza, ocultándola bajo su capa con un rápido movimiento.

—Pero —dijo mirando al valle—, si pasas las pruebas y te conviertes en acólito del Shadopan, ya no se te aplicará el castigo por quitarnos la misiva.

Diez no podía creer lo que oía. *¿Yo, un Shadopan?* Él era un don nadie. Un ladrón. Un alfeñique. El décimo hijo de un difunto granjero. Le costaba encontrar las palabras adecuadas.

—Pero ¿cómo puede usted creer que *yo* podría ser de algún modo como Feng? Como... ¿como *usted*?

El guerrero lo observó en silencio.

—Eres rápido, Diez. Rápido de pies, zarpas y mente. Un Shadopan necesita fuerza, sí, pero eso se puede desarrollar. Nuestro enemigo es rápido, y aunque necesitamos guerreros que igualen a los sha en ferocidad, también nos hacen falta guerreros que puedan sortear sus ataques, echarles guindilla a la cara y hacer que se vayan en la dirección equivocada.

Diez asintió, estupefacto. Algo parecido a la esperanza se despertó en el estrecho pecho del ladrón.

¿Podría yo...?

El gran pandaren buscó en su cinto y sacó un anillo. Tenía un diseño sencillo, hábilmente tallado en un marfil que a Diez le recordó los extremos del pergamino. En la parte superior estaba incrustado el símbolo del tigre rugiendo, con una plata que refulgía como el hielo del norte.

—Veo que has tomado tu decisión. Toma este anillo. Dentro de tres meses te presentarás en las puertas del Monasterio del Shadopan. El anillo está tallado de un colmillo de tigre blanco. Será tu garantía para poder cruzar nuestras puertas. Solo tu ingenio garantizará tu llegada. La Cima Kun-Lai puede ser traicionera, sobre todo en la época más fría.

—Vendrás solo. No traigas armas, no te servirán. —Agarró la delgada tela de la mugrienta túnica de Diez y frunció el ceño—. Aunque te sugiero que te busques una ropa de más abrigo.

Diez asintió sin decir nada y el Shadopan soltó la tela. Su voz se endureció entonces.

—Si las pruebas comienzan y no te has presentado, entenderé que rechazas mi última opción. En ese caso, el Shadopan te arrebatará la vida. Y créeme, Feng se quedó corto al describir nuestros métodos. ¿Entiendes todo cuanto te he dicho, Diez?

Diez no estaba seguro de ello, y no le parecía que pudiera volver a asentir. Tenía los músculos helados y agarrotados. El guerrero tomó su silencio como un sí.

—Yo soy Nurong, maestro de los Wu Kao. Te veré dentro de tres meses, raterillo.

El maestro Nurong le susurró algo a Plumablanca y envió al ave a volar hacia el cielo vespertino. Diez se giró para ver al halcón elevarse sobre los Pantanales del noreste, hacia donde habían ido los otros guerreros. El ladrón recuperó al fin la voz.

—Tres meses. ¿Cómo voy a llegar a la montaña más alta del mundo, y no digamos ya escalarla, en tres meses?

No hubo respuesta. Diez miró por encima del hombre y vio que se encontraba solo en el tejado. El Shadopan ya no estaba allí.

...

Otro gong resonó por el patio. Diez trató de mantenerse erguido en los tablones oscilantes del puente, intentando parecer tan imponente como podía al lado del resto de candidatos. No lo estaba consiguiendo.

Él era, cómo no, el más menudo de la docena de jóvenes aspirantes que se habían reunido bajo las flores rojas, que resplandecían entre las nieves invernales. Incluso el chico feúcho — Wu el Torcido, de la Aldea Binan—, que como mínimo era tres años menor que él, le sacaba más de una cabeza y llevaba una pechera blindada *como un guerrero de verdad*. Diez levantó la vista para observar a Wu, y este le lanzó una mirada. A ninguno de los candidatos le gustaba competir con un alfeñique desaliñado como Diez, como si su mera presencia en las pruebas fuera una afrenta.

Diez bajó la mirada para contemplarse los pies con el ceño fruncido. *Solo llegar allí* ya había sido un calvario de por sí, y dudaba que cualquiera de aquellos enormes cachorros ricos hubiera sobrevivido al viaje que él había realizado. Recorrer el Camino de los Cien Pasos,

pasar desapercibido entre los hambrientos saurok de El Pasaje Antiguo y, por último, trepar por el empinadísimo y serpenteante sendero que subía por las cuestas de Kun-Lai, temiendo que cualquier ráfaga te sacara del estrecho camino y te hiciera precipitarte contra las rocas a millas distancia. Y eso si antes no morías congelado.

Su capa se agitó al viento, y Diez se la ciñó más fuerte en los hombros. En el Valle de los Cuatro Vientos, un día frío equivalía a un poco de lluvia y a una brisa suficiente como para que no te aventuraras a campo abierto. Aquí, el frío era letal. Diez había intentado seguir el consejo del maestro Nurong y había cambiado su manto raído y algunas monedas por una capa de viajero. La ridícula extensión de aquella tela remendada le había salvado la vida al proporcionarle cobijo, calor e incluso camuflaje en los oscuros pliegues de la montaña cuando desfilaban por allí enormes yetis de paso atronador. Su sombrero, de ala ancha y olor a fruta estropeada, era un regalo de Den Den como agradecimiento por no contarle a nadie cómo estaba su habitación (o lo del maniquí de pelo) antes de que vinieran persiguiendo a Diez desde El Alcor. El sombrero evitaba que le cayera la lluvia y la nieve en los hombros, servía de plato cuando lograba encontrar comida y, según Chan el Pesado, le daba a Diez el aspecto de un champiñón marchito.

Chan el Pesado era el candidato de la localidad comercial de Barrilia. Era el hijo de un acaudalado alquimista, presumido como un pavo real y diez veces más voluminoso que Diez. Había llegado con un séquito de varios grúmel, a ninguno de los cuales se había permitido franquear los muros del monasterio. Diez recordaba haber pasado junto al pequeño campamento de tiendas de seda al llegar a la cima. Se le había hecho la boca agua con el chisporroteo de la comida.

De haber tenido algo más de energía y algo menos de congelación, habría aligerado el campamento de parte de su comida sobrante. A Chan desde luego no le hace falta.

Entre los candidatos se hizo un profundo silencio, y Diez se giró para ver que habían aparecido los maestros. Estos se encontraban al otro lado del puente, donde la arboleda de la meditación lindaba con la orilla del lago helado. Quietos como estatuas, los tres maestros se quedaron mirando a la docena de esperanzados iniciados. El sol de la mañana brillaba contra las brumas que envolvían los terrenos del monasterio, y Diez no distinguía si el maestro Nurong era uno de los tres. Quería asegurarse de que su presencia era tenida en cuenta y de que su vida no le fuera arrebatada. Había llegado en el último día de su libertad condicional de tres meses, jadeando al pasar junto al silencioso vigía de las puertas del Shadopan, quien asintió cuando Diez le enseñó el anillo.

Un halcón chilló allá en lo alto y Diez miró hacia arriba, entrecerrando los ojos.

—¿A qué están esperando? —masculló Wu el Torcido—. Las flores ya no pueden ser más rojas. —Diez veía nerviosismo en el refunfuño de Wu. Todos los candidatos mostraban signos de ansiedad: arrastrar de pies, zarpas empapadas, labios mordidos. Incluso Chan el Pesado hacía girar distraídamente el brazalete dorado de su gruesa muñeca, una alhaja chillona tan grande que podía servir de collar para cualquier pandaren de tamaño normal.

No está mal la pulserita.

Uno de los maestros avanzó y Diez frunció el ceño. No era el maestro Nurong, sino una pandaren de gesto adusto que llevaba su canoso pelo recogido tras las orejas. La maestra Shadopan alzó una zarpa y habló, y su voz severa llegó a través del agua helada.

—Iniciados, os doy la bienvenida a las Pruebas de las Flores Rojas. Habéis venido desde todo el país, cada uno de vosotros seleccionado por nuestros agentes como digno candidato. Así ha sido durante años innumerables. Así seguirá siendo siempre.

—Soy la maestra Yalia Murmullo Sabio de la disciplina Omnia, la Shadopan encargada de preservar la sabiduría, el conocimiento y las tradiciones sagradas de nuestra orden. Es un honor para mí recibirlos aquí y elogiar vuestro valor por presentaros en el día señalado. La Prueba de las Flores Rojas son tres en realidad: la Prueba de Determinación, la Prueba de Fuerza y la Prueba de Espíritu. Cada una de estas pruebas deparará la muerte a quienes no sean aptos para estar bajo el estandarte del Shadopan.

Estas últimas palabras estuvieron acompañadas de una dura brisa que se convirtió en una ráfaga, un viento frío que desde los picos circundantes bajó rugiendo al interior del monasterio como un felino depredador. Pétalos rojos bailaron en el aire como gotas de sangre a la vez que el puente se balanceaba, y Diez se sujetó con mayor fuerza a la balaustrada metálica. Wu el Torcido vio su pánico y soltó una risita mientras la maestra Murmullo Sabio continuaba.

—Esta será vuestra última oportunidad de apartaros del camino que os ha traído aquí. Si hay alguno de vosotros que dude de su participación en las pruebas, alguien que albergue recelos, le invito a que se aleje del puente de la iniciación y regrese a su hogar. No hay deshonor alguno en tal decisión, pero nunca se le volverá a permitir la entrada entre estos muros.

Hubo un momento de silencio, y luego el sonido de alguien que se aclaraba la garganta. Algunas disculpas susurradas, seguidas de lentos pasos arrastrados cuando uno —no, dos— pandaren se excusaron alejándose del puente. Eran el leñador alto de las Islas del Sur y una chica de Villarroca de aspecto aplicado. Ambos se marcharon cabizbajos. Diez deseó haber podido permitirse el lujo de acompañarlos.

No. No es eso en absoluto lo que quiero.

Se sorprendió por aquel pensamiento, surgido espontáneamente de su mente. ¿De veras estaba contento de estar aquí con este frío cortante, columpiándose sobre un lago medio helado?

Bueno, contento no. Pero... al menos esto es como una ocasión de hacer algo. De ser algo. Uno no puede cambiar las estaciones, desde luego, pero no voy a apartarme de un viento de fortuna.

La fría brisa prensó su capa, y Diez sintió un escalofrío.

Era una manera de hablar.

La maestra Murmullo Sabio esperó a que condujeran a los dos pandaren fuera del patio y luego prosiguió.

—Ahora comienza la Prueba de las Flores Rojas. Algunos tenéis madera de Shadopan, iniciados. O al menos eso esperamos. Nuestros miembros se han ido haciendo más escasos con el paso de los siglos, y nuestros enemigos se vuelven más audaces. Desde el Templo del Tigre Blanco llegan terribles presagios, mientras la bruma que rodea Pandaria se desvanece. Durante los últimos meses han llegado nuevas amenazas a nuestros confines, y nuestros lugares más sagrados han sido profanados, corrompidos o destruidos. Los sabios hablan de la llegada de tiempos sombríos.

Diez se preguntaba que quería decir la maestra Murmullo Sabio con lo de “nuevas amenazas”. Algo importante —y aterrador— debía de haber ocurrido desde que había salido del Valle de los Cuatro Vientos. Entonces recordó los rumores que había escuchado durante el camino, conversaciones acerca de extrañas criaturas y viajeros llegados de tierras lejanas, pero se había concentrado tanto en sobrevivir en su travesía hacia el norte que con el tiempo dejó de hacer caso a aquellos absurdos chismorreos de agitados viandantes. Sin embargo, ahora desearía haber prestado más atención a tales rumores.

La maestra Murmullo Sabio dio un paso al frente y alzó el brazo con su garra en alto.

—Con todo, no somos un ejército de medio pelo compuesto con prisas con gente normal y sin preparación. Somos el Shadopan. Nuestros miembros siempre han sido inferiores en número a nuestros enemigos, pero cada espada Shadopan vale por una docena de soldados corrientes. Así expulsamos a los mántides. Así rechazamos a los yaungol. Así mantenemos a raya a los sha. Y así será siempre.

La maestra Murmullo Sabio señaló al otro extremo del lago, hacia el otro lado del monasterio. Allí, un par de acólitos del Shadopan con pañuelos blancos estaban colocando un pequeño brasero con forma de tigre.

—El tigre ardiente pondrá a prueba vuestra determinación. Dentro de su estómago, enterradas bajo las brasas, hay seis monedas de plata marcadas con el símbolo de nuestra orden. Hundiréis la zarpa en la boca del tigre, sacaréis una moneda al rojo blanco y me la traeréis aquí a la arboleda.

Los diez candidatos restantes se miraron nerviosos unos a otros. La chica larguirucha de Krasarang comenzó a avanzar poco a poco por el puente, intentando cobrar un poco de ventaja. En cuestión de segundos se vio sumergida en una maraña de brazos cuando varios de los demás pugnaban por llegar a la orilla antes que ella. El puente se balanceaba violentamente, y Diez se agarró con más fuerza a la cadena.

¿Una carrera para demostrar determinación? Aquí hay algo que no nos ha contado.

La maestra Murmullo Sabio se giró para marcharse, mientras los otros dos maestros iban ya hacia la arboleda, y volvió la cabeza.

—Solo hay seis monedas, y sois diez. Os recomiendo nadar deprisa.

¿Nadar?

Con un ruido metálico, la cadena que sostenía una mitad del puente se soltó de su amarradero y los candidatos se precipitaron al lago, abriendo agujeros irregulares en el hielo. Volvieron a la superficie farfullando, gritando, bramando, una voz chillando que no sabía nadar. Hubo algunos segundos de caos aterrador en los que algunos, presa del pánico, se aferraban a otros, quienes respondían agresivamente con golpes y reniegos para evitar ser arrastrados a las gélidas profundidades. Quienes habían venido ataviados con vistosas armaduras ya no emergieron. Los más rápidos se deshicieron de su equipo pesado y se pusieron a cruzar el lago con veloces brazadas. Sabían que permanecer más tiempo en esta agua helada significaba la muerte.

Diez colgaba de la cadena que quedaba en el puente, sobre sus cabezas. Tal era la fuerza con que estaba agarrado por los nervios que se libró de caer junto al resto de los iniciados. Pero iba a quedar rezagado. Se aupó para colocarse a horcajadas sobre la cadena, preguntándose si podría arrastrarse hasta el amarradero y rodear luego el lago sin más para llegar al brasero.

Dudo que me dejen librarme tan fácilmente.

Sus temores se confirmaron enseguida cuando otro acólito de pañuelo blanco se acercó al segundo amarradero y comenzó a desconectar la cadena. Al parecer, el chapuzón en el lago era obligatorio para convertirse en un Shadopan, pero sabía que, si el agua no lo mataba, el azote del viento contra su exigua capa empapada no tardaría en hacerlo aunque superara la estúpida prueba. Él carecía del tamaño y los recursos de los demás iniciados. Tenía que permanecer seco.

Palmo a palmo, avanzó hacia donde más baja estaba la cadena y comenzó a descender por los tablones que colgaban debajo. El puente estaba construido para ceder por un lado y volver a conectarse fácilmente una vez finalizadas las pruebas. *Muy ingenioso*, pensó Diez. *Así se ahorran tener que construir un nuevo puente cada siete estaciones.*

Por suerte, o por desgracia, se daba la circunstancia de que esta séptima estación había caído en pleno invierno. Ello significaba que el hielo que se extendía a través de muchas partes del lago era grueso. *Tal vez lo bastante grueso para aguantar a un alfeñique.* El acólito ya casi había terminado con la cadena, y Diez notó que la tensión comenzaba a aflojarse. Descubrió un tramo de hielo justo un poco más allá de donde él colgaba, y se puso a agitar las piernas, haciendo oscilar todo el puente de aquí para allá con el fin de darse impulso suficiente para...

La segunda cadena se soltó con un ruido metálico, y Diez se dejó ir en el punto álgido de su balanceo. Giró en el aire, los brazos extendidos, y cayó con ambos pies sobre el hielo dando un golpe sordo... y seco. Durante un momento se quedó ahí parado, con los oídos atentos al menor sonido de hielo resquebrajándose. Silencio.

Echó un vistazo alrededor en busca de otro fragmento de hielo y vio un bloque flotando a poca distancia. Salvando la brecha de un salto, Diez aterrizó y por poco se salió de un resbalón. Su impulso empujó el hielo un poco más cerca de su objetivo, pero tuvo que agitar los brazos como loco para mantener el equilibrio. Había hielo desperdigado por todo el lago, pero a esta escasa velocidad —y con esta inestabilidad— acabaría cayendo, nadando y descansando para siempre en la montaña. Sabía lo que tenía que hacer.

Saltando desde el bloque de hielo se posó en el siguiente, un trozo más pequeño, y, sin pararse a recuperar el equilibrio, simplemente se dejó llevar por el impulso y saltó en dirección al siguiente pedazo de hielo. Y luego al siguiente. Brincando a través del lago como una piedra, Diez pronto adelantó a los nadadores y se acercó a la otra orilla.

Seis cadenas emergieron del agua en la ribera, seis metros de metal helado que subían directamente hasta el promontorio rocoso en el que se encontraba el brasero. Habría sido

un difícil obstáculo para cualquiera, y más aún para un pandaren calado con las zarpas entumecidas por el frío. Era realmente una prueba de determinación.

Por desgracia, los trozos de hielo eran cada vez más pequeños y estaban más separados. Diez tenía los pies mojados de tanta salpicadura, y ya no se sentía los dedos de abajo. Para complicar las cosas, en el agua que rodeaba las cadenas no había hielo en absoluto. Dentro de dos saltos más iba a acabar en el lago, por más rodeos que le diera.

Nada de rodeos. Como en el mercado: por arriba.

Se desató rápidamente las correas de su ancho sombrero. Al saltar del último trozo de hielo, se sacó el sombrero, doblando la cintura, y lo tiró con efecto al agua helada que esperaba abajo. El sombrero bajó girando hasta la superficie justo cuando Diez ponía un pie encima. Llevado por el impulso del salto, se deslizó por el agua con ese pie en equilibrio sobre el sombrero. Era lo bastante grande como para sostenerlo sobre el lago durante algunos segundos antes de que volviera a saltar de nuevo, esta vez a la cadena que se elevaba en el agua frente a él.

Una de las ventajas de ser un champiñón marchito.

Diez trepó por la cadena lo más rápido que pudo. El pequeño pandaren se sentía vigorizado tras su carrera por el lago y no llevaba mucho peso encima. Se encaramó al saliente y trotó hacia su ardiente objetivo.

El brasero presentaba un ingenioso diseño: un tigre rugiente construido con barras de hierro inclinadas que se convertían en rayas negras contrapuestas al fulgor, entre amarillento y anaranjado, de las brasas. Apretando los dientes, Diez metió la zarpa en la amplia boca del tigre y sacó enseguida una moneda al rojo blanco con un sonoro silbido. Al ser un ladrón, dominaba el arte de hacerse con una moneda a vuela pluma, y la maniobra tan solo le costó acabar con una palma ampollada, parte del pelaje ahumado y los dedos escaldados mientras hacía malabarismos con el refulgente metal en dirección a un banco de nieve cercano. Con un suspiro, hundió la zarpa en aquella crujiente blancura.

¡La primera vez que doy gracias por la nieve!

Se dio la vuelta al oír el ruido de la cadena a sus espaldas: había llegado el siguiente iniciado. La chica de Krasarang se encaramó y se dejó caer en la base del brasero entre violentos temblores. Levantó la vista para mirar a Diez con expresión desconcertada y se hizo un ovillo tembloroso.

—¡Q—q—qué frío! —gimió con una voz áspera y débil.

Diez miró más allá de la chica. Tres cadenas más se agitaban con la llegada de otros iniciados. Era hora de irse. La ruta más directa sería regresar cruzando el lago a nado, pero Diez se estremeció al pensarlo. Ya no disponía del sombrero, tenía los dedos de los pies helados y ya había provocado bastante a los espíritus del hielo por un día. Dio pues un rodeo por el lago.

Diez llegó a la arboleda sin incidentes y encontró a la maestra Murmullo Sabio sentada serenamente bajo la glorieta del centro. Si la maestra se sorprendió de ver que el pequeño iniciado era el primero en aparecer —y seco—, no lo dejó traslucir. Simplemente extendió la zarpa, asintiendo con la cabeza cuando Diez le depositó la moneda en la palma. Sin decir una palabra, le hizo una seña al iniciado para que aguardara en un lado del pabellón.

El siguiente iniciado en llegar no fue la chica de Krasarang, sino un muchacho corpulento de pelo largo en quien Diez no se había fijado hasta entonces. El chico estaba aún chorreando, y su brazo derecho humeaba tras su encuentro con las fauces del tigre. Se notaba que el chaval no había ido muy rápido a la hora de sacar la moneda: buena parte del pelo de la muñeca estaba chamuscado por completo, y tenía en las zarpas quemaduras de aspecto doloroso.

Pese a todo, el chico lo había conseguido, y ocupó su lugar junto a Diez sin emitir sonido alguno. El pequeño ladrón pensó que el rostro de su competidor reflejaba sin duda señales de determinación. Así era como un auténtico guerrero hacía frente al dolor, y Diez sintió admiración por el muchacho.

Él ha superado la prueba. Yo solo me he escabullido de lo peor.

Su anterior sensación de victoria le parecía hueca ahora. Seguía siendo un simple ladrón.

A continuación llegó la chica de Krasarang, con los dientes rechinando por el frío. Diez solo podía imaginar lo extraña y dolorosa que le debía de haber parecido el agua helada a alguien habituado al calor húmedo de las selvas del sur. Por lo menos el brazo lo tenía en mejor estado que el del otro cachorro. Diez supuso que para sobrevivir en la selva se necesitaban unas zarpas ágiles.

Se oyó un gruñido y un sonoro estornudo y Chan el Pesado llegó a la arboleda dando fuertes pasos. El gran pandaren estaba más que empapado. Había logrado deshacerse de su lujosa capa en el lago, pero el resto de su ropa hacía ruidos de chapoteo y dejaba caer gruesas gotas de agua. Chorreaba por la nariz, por la barbilla, por la barriga, y formó un charco alrededor de sus grandes pies al llegar ante la maestra Murmullo Sabio. Tan calado estaba

que Diez no pudo evitar preguntarse si acaso Chan el Pesado no habría venido nadando desde el brasero en lugar de bordear el lago como los demás. Una vez más, la maestra Murmullo Sabio extendió la zarpa.

Chan el Pesado levantó la suya, y fue entonces cuando Diez se dio cuenta de algo que no había visto desde donde estaba: la zarpa de Chan estaba recubierta de metal. Tiras de metal que habían formado la silueta de un tigre.

El gran pandaren tembló y se inclinó ante la Shadopan.

—No podía sacar la zarpa con la moneda sujeta, maestra. La boca del tigre era demasiado pequeña y quemaba... —Chan el Pesado alzó los ojos hacia la maestra Murmullo Sabio con la mirada fija—. ... Así que cogí el brasero y me tiré de vuelta al lago.

Volvió a estornudar, con un sonido tan potente que sacudió la arboleda. Nuevas flores rojas descendieron flotando al suelo, y Diez advirtió que los otros iniciados miraban a Chan con los ojos muy abiertos.

O sea que sí que ha nadado en ambos sentidos. Y llevando un tigre de hierro durante la mitad del trayecto.

Chan el Pesado levantó el brazo y golpeó el brasero contra uno de los adoquines junto a sus pies. Debilitado ya por el agua fría, el brasero se rompió. Chan depositó tres monedas en la zarpa de la maestra Murmullo Sabio.

—No hay nadie más detrás de mí.

Diez sentía curiosidad por saber cuántos se habrían ahogado, o congelado, o simplemente se rindieron cuando Chan se llevó el brasero.

La maestra Murmullo Sabio se puso en pie y con un gesto indicó a los iniciados que la siguieran. Todos estos dieron un gran rodeo para evitar las salpicaduras de Chan, que echó a andar detrás de ella intentando escurrir el exceso de agua de sus ropajes. Chan estornudó de nuevo y vio entonces a Diez detrás de él, saltando para evitar los charcos.

—Bien hecho, alfeñique. Ya veremos si subirte a tu sombrero te ayuda a pasar la Prueba de Fuerza.

El chico del pelo largo rio, y Diez se encogió de hombros sin más. Con grandes zancadas pasó junto a Chan el Pesado y le dio un golpe amistoso en el brazo.

—Lástima que no haya una prueba de chorreo. Llevas la mitad del lago en tus enormes pantalones.

Chan el Pesado rugió y le lanzó un golpe al pequeño pandaren, quien ya se esperaba esa reacción y pudo apartarse sin problemas. Ahora también se reía la chica de Krasarang, y Diez se recreó sacudiéndose el agua del puño de forma remilgada. El gran pandaren puso cara de pocos amigos y volvió a estornudar. Ni siquiera sus pliegues de grasa eran impermeables a un remojón tan gélido y tan a fondo.

La maestra Murmullo Sabio condujo a los cuatro iniciados a través de un par de pesadas puertas hasta llegar a un dojo de entrenamiento. Dentro había una sencilla arena rodeada de columnas de piedra. Diez sentía la *historia* de este lugar, los siglos de entrenamiento y disciplina que parecían entrelazarse con el aire mismo. La maestra Shadopan se despidió con un movimiento de cabeza y regresó en silencio a la arboleda, tras lo cual los iniciados se quedaron mirando nerviosamente todo el dojo y preguntándose qué les depararía la siguiente prueba.

Diez reparó en algo curioso. Situadas en el mismo centro de la arena había tres descomunales campanas. Tan altas como un pandaren adulto y tan anchas como un Chan el Pesado, estas antiguas campanas tenían grabadas palabras de poder. Diez se acercó, esperando que para esta prueba no tuviera que *cargar* con una de esas cosas.

Una voz grave vino desde detrás de los iniciados.

—Todos vosotros habéis demostrado una auténtica determinación digna del Shadopan. Ahora quisiera que me enseñarais vuestra auténtica fuerza.

Diez se giró y se quedó sin aliento. De pie en las puertas se hallaba el guerrero pandaren más grande que había visto nunca. Este Shadopan, que le sacaba como mínimo tres cabezas a Chan el Pesado y cuyas espaldas eran mucho más anchas, era puro músculo. Su pelaje era casi de un blanco puro, y sus ojos examinaron a los iniciados con la rapidez de un depredador, tomando nota de puntos débiles y fuertes.

Diez se estremeció, con la sensación de estar frente a una avalancha apenas contenida de mortífero poder marcial.

—Soy el maestro Wan Ventisca Algente, de la disciplina Guardanegro. Los guerreros del Shadopan deben responder ante mí, al igual que yo respondo ante lord Taran Zhu. Conozco a todos los guerreros que se encuentran en nuestros muros, y he probado mi espada contra cada uno de ellos. Si sobrevivís a las pruebas y os convertís en Shadopan, algún día cruzaréis

vuestra espada con la mía, pues no puedes conocer realmente a alguien hasta que te enfrentas a él.

En ese instante, el maestro Ventisca Algente apretó su potente puño y el sonido de sus nudillos crujiendo resonó por todo el dojo como si de rocas se trataran. Diez hizo una mueca de desagrado.

—Pero no es hoy ese día. Sois jóvenes y estáis faltos de entrenamiento. Un iniciado no es todavía un arma, sino una barra de hierro en bruto a la espera aún de la forja. Es aquí cuando el hierro demuestra su fuerza antes de ser afilado.

Se acercó a las tres campanas, y sus silenciosas zancadas hicieron pensar a Diez en un tigre al acecho.

—Os encontráis ante artefactos sagrados, reliquias de siglos pasados elaboradas a base de magia y metalurgia para resistir los estragos del tiempo. Cada una está afinada para producir un nota perfecta al ser tocada.

Dio un golpe a la campana que tenía más cerca y sonó un ruido metálico sordo.

—Bonito, ¿no? —El maestro Ventisca Algente sonrió—. Las campanas no suenan hasta que se las levanta del suelo y se las golpea con cierta agresividad. Es parte de su magia.

Diez frunció el ceño. Levantar campanas gigantescas no estaba definitivamente en su repertorio... y ¿le había parecido oír un sonido apagado procedente del interior de la campana? ¿Un siseo?

El maestro Ventisca Algente prosiguió: "Debajo de cada una de estas campanas hay un tipo distinto de muerte, iniciados. La muerte que roba, la muerte que se esconde y la muerte que salva. Esperaré en la arboleda hasta que oiga sonar las tres campanas, y entonces regresaré. Quienes hayan sido lo bastante fuertes como para sobrevivir pasarán a la siguiente prueba."

Chan el Pesado estornudó, y el maestro Shadopan hizo un gesto hacia el chorreante iniciado.

—Esta séptima estación ha sido especialmente fría, y sé que todos estáis cansados. Comencemos.

Con un suave movimiento, el maestro Ventisca Algente giró y dio una patada a la campana que tenía detrás. Esta salió volando por los aires para chocar contra una columna al otro lado de la arena. La columna se agrietó y llovieron trocitos de piedra. La campana rodó por el suelo, intacta.

El maestro Ventisca Algente se fue de nuevo hacia las puertas. Los iniciados miraron en silencio y llenos de temor reverencial cómo se iba.

—No espero que luchéis bien —espetó—. Pero sí espero que luchéis.

Las puertas se cerraron de golpe. La cerradura se encajó con un chasquido.

—¡Mirad! —gritó el chico del pelo largo con terror en la voz.

Diez se giró y dio un grito ahogado. Allí donde había estado la campana se encontraba enroscada una enorme serpiente, que se alzó sobre un musculoso cuello para quedar por encima de los iniciados.

—¡Una pitón de bambú! —exclamó la chica—. ¡Atrás! ¡Va a atac...!

Cual relámpago verde, atacó. Tras derribar al chico del pelo largo, la serpiente le hundió los colmillos en el cuello. El chico gritó, intentó golpear la escamosa cabeza de la sierpe, pero esta se aferró tenazmente y le enroscó sus poderosos anillos alrededor. Los otros tres iniciados se apartaron del alcance de la criatura, buscando algún lugar donde esconderse. ¿Cómo iban tres jóvenes desarmados y sin entrenamiento a derrotar a tan letal bestia?

La chica de Krasarang maldecía en voz baja, y Diez oyó a su lado su susurro furioso.

—Sé cómo matar a estas cosas. Si tuviera mi lanza. ¿Por qué no me dejaron traer mi lanza? ¡Podría salvarlo!

La muerte que salva.

—¡Chan! —gritó Diez—. ¡Creo que quizá una de las campanas contenga armas! ¡Deprisa, mira debajo!

El pandaren grandullón miró a Diez como si este estuviera loco.

—Buen intento, alfeñique. ¿De veras crees que voy a ir *ahí*?

Señaló las dos campanas restantes, que se hallaban justo detrás de la serpiente y su presa. Claramente al alcance de la bestia.

—Además —chilló Chan el Pesado—, ¿cómo sabes tú que allí hay armas!? ¡Tal vez haya más serpientes!

El chico del pelo largo cejó su forcejeo y la serpiente le dio una sacudida más antes de desenroscarse y recuperar su altura máxima. Estaba cubierta de escamas de color esmeralda y sus ojos eran negros y fríos. De sus largos colmillos goteaba sangre y una baba repugnante, formando un charco en la superficie de piedra. Diez miró al chico muerto en el suelo, con dos marcas rojas en forma de lágrima en el hombro. Se sorprendió de su tamaño.

La muerte que roba: veneno, o algún fluido tóxico de los pantanos. Se te cuela en el cuerpo por minúsculas puertas y se marcha con tu alma.

Un ladrón.

La serpiente se deslizaba ahora hacia la chica de Krasarang, quien había llegado a la pared del fondo y no tenía ya adonde ir.

Diez sabía que no podría superar la prueba en cuanto los otros hubieran muerto. Era incapaz de levantar una campana por sí solo. Fue extraño darse cuenta de aquello: los *necesitaba*.

—Chan, tienes que confiar en mí o moriremos todos. La pitón es la *muerte que roba*. Una de esas campanas contiene la *muerte que salva*. Creo que eso significa armas, instrumentos de muerte que nos pueden salvar la vida.

Diez apretó los puños y corrió hacia la bestia agitando los brazos. La criatura silbó y se alejó de la chica.

—¡Yo distraeré a la serpiente y la alejaré de las campanas! —exclamó—. Golpéalas, escucha si sale de dentro algún sonido.

La pitón se deslizaba ahora a por Diez, que tuvo que darse la vuelta y huir. ¿Podría tal vez esquivarla entre las columnas? Echando una mirada atrás, vio que Chan el Pesado y la chica iban ya hacia las campanas mientras la criatura lo perseguía a él.

Era más rápida de lo que pensaba, y Diez no creía que pudiera llegar a las columnas a tiempo. La campana a la que el maestro Ventisca Algente había dado la patada estaba

tendida de lado ahí delante, y el ladronzuelo se lanzó detrás de aquella mole de bronce en el momento en que las mandíbulas intentaban atraparle los talones.

Diez se dio la vuelta corriendo para ponerse de cara a la pitón. Era muchísimo más alta que él, y la protección que la campana ofrecía le parecía escasa desde su perspectiva. La serpiente atacó de nuevo, y Diez a duras penas eludió agachándose aquella masa de escamas y colmillos. Podía ver, detrás de la bestia reptante, a Chan el Pesado golpeando el lateral de una campana, y a la chica de la selva con el oído pegado a ella y una expresión intensa.

Y entonces Diez se dio cuenta del gran error en su plan: estaba armando a sus dos rivales para que estos pudieran esperar a que la pitón lo matara a él y liquidarla luego con un competidor menos.

Chan el Pesado miró hacia donde estaba Diez, le dedicó una sonrisa y le hizo un gesto de despedida. Rodeó con los brazos una de las campanas y comenzó a inclinarla.

Diez serró los dientes, pero realmente no podía culpar a los otros iniciados: esta prueba consistía en sobrevivir, no en hacer amigos. Aunque de ninguna manera iba a dejar que se unieran al Shadopan por encima de su pequeño cadáver.

Corrió a ponerse ante la boca de la campana, colocándose directamente enfrente de la serpiente gigante. Esta retrocedió sorprendida ante tan audaz maniobra y silbó furiosa.

Como buen ladrón, Diez había aprendido a observar a sus víctimas en busca de un indicio revelador, una expresión, un gesto o un movimiento característicos que indicaran que iban a atacar. En la calle, esta lección le había salvado la vida innumerables veces.

La pitón ofrecía un indicio. Diez se había fijado cuando la bestia atacó al chico del pelo largo, y luego a él. Sacaba la lengua justo antes de una acometida, extendiendo el órgano sensorial para saborear el miedo de su víctima inmediatamente antes de entrar a matar. Diez observó el hipnótico balanceo de la serpiente con las piernas flexionadas, esperando a la sacudida de la lengua... ¡ahora!

Diez se elevó de un salto justo cuando la pitón se abalanzó sobre el sitio en el que él acababa de estar. Por desgracia para la bestia, dicho sitio era la boca abierta de una antigua campana, y el cráneo de la pitón golpeó el pesado bronce con un sonido nítido y precioso.

La primera.

Diez cayó sobre el lomo de la criatura y se apartó rodando, esquivando los latigazos que la serpiente propinaba al intentar sacar la cabeza de la campana.

El ladronzuelo llegó adonde estaban los otros dos iniciados en el momento en que la chica de Krasarang sacaba una lanza de debajo de la campana y soltaba una risa ronca. Diez se agazapó para ver qué más había escondido ahí debajo: ¡*la muerte que salva*, en efecto! Amontonada cuidadosamente en el suelo había una pila de sencillas y afiladas armas: una espada, un garrote, un hacha y una daga. Diez las apartó toda prisa de debajo de la campana ladeada, quedándose para sí la daga. Alzó la mano y usó el pesado pomo del arma para golpear el lado de la campana con todas sus fuerzas. Una nota pura resonó por todo el dojo.

Ya son dos.

Chan el Pesado les decía entre maldiciones que cogieran un arma para él, y también que no podría aguantar mucho más.

—Ten —dijo Diez, haciendo deslizar el hacha por el suelo.

—Ya era hora —dijo Chan entre jadeos por el esfuerzo—. ¡Cuidado!

Dicho esto, soltó la campana, que cayó produciendo un fuerte sonido metálico y un chorro de aire.

Chan el Pesado levantó el hacha con una sonrisa. La chica de Krasarang sonrió también, alzando su lanza.

—*Esto* es lo que yo esperaba —dijo Chan—. Enseñémosle a la serpiente lo que sabemos nosotros de matar.

Desde dentro de la campana llegó apagada una voz.

—¡Que tengáis suerte los dos!

Chan el Pesado se quedó inmóvil, y la sonrisa se le borró de la cara.

—¿Dónde está el alfeñique?

La chica de Krasarang se encogió de hombros.

—Solo puede estar en un sitio —dijo.

Chan el Pesado golpeó la tersa, impenetrable y protectora superficie de la campana.

—¡Maldita sea mil veces tu familia, alfeñique despreciable! ¿No tienes vergüenza? ¿Qué clase de cobarde eres?

—Soy la clase de cobarde que sigue vivo, Chan. Ahora escuchad: la pitón se liberará de esa campana dentro de nada. Es más rápida de lo que creéis. Estad atentos a su lengua: la serpiente la sacará antes de atacar.

Diez se apoyó contra el frío lateral de la campana y escuchó a los dos iniciados discutir sobre qué hacer con el ladrón. Al final, la serpiente se decidió por ellos. Oyó gritos, insultos y un siseo furioso. Un chillido, un rugido.

Caray, me alegro de no estar ahí fuera.

Ahora que los iniciados estaban totalmente armados, confiaba en que la experiencia en la selva de la chica, combinada con la fuerza de Chan el Pesado, bastarían para matar a aquella cosa. Sonaron más gritos y otro silbido. Sintió que algo caía pesadamente contra el suelo, a lo cual siguió un largo silencio. Luego, el toc-toc-toc de unos nudillos contra la campana.

—¿Pitón? ¿Eres tú? —contestó Diez.

La voz de Chan el Pesado sonó cansada y furiosa.

—La serpiente está tirada en varios pedazos por el suelo, alfeñique. Ahora Pei-Ling y yo vamos a golpear la tercera campana, completaremos la prueba y te dejaremos ahí para que te pudras en tu pequeña cueva de metal. O ¿quién sabe? Tal vez vuelva aquí cuando ya sea un Shadopan y te meta otra serpiente ahí dentro.

Diez oyó a la chica de Krasarang (al parecer se llamaba Pei-Ling) reírse ante la idea.

Fantástico. Por armar y salvar a los iniciados me he ganado su odio.

Era algo a lo que ya se había acostumbrado. Le pasó con su padre, con sus hermanos e incluso con los demás carteristas de los callejones. ¿Por qué iba a esperar otra cosa de estos iniciados?

Uno no puede cambiar las estaciones.

Diez dio un golpe a la campana.

—Chan el Pesado, mírate la muñeca. Creo que se te ha caído algo.

Hubo algunos segundos más de silencio y luego un grito de rabia.

—¡Ladrón! ¡Degenerado! ¡Comerraíces amigo de los hozen!

Los insultos siguieron así durante bastante rato, hasta que se oyó otro golpazo sordo. Era Chan el Pesado, desplomado contra la campana.

—Ese brazalete era un regalo de mi madre, sapo malnacido. Sal de ahí a rastras y devuélvemelo.

Sonó un gruñido, un estornudo, y la campana comenzó a inclinarse hacia arriba. Diez salió rodando y quedó con la espalda contra la tercera campana. Pei-Ling estaba sentada en el suelo, limpiando la sangre de su lanza. Miró a Diez, le hizo un saludo burlón y se centró de nuevo en su arma. Diez se quedó confundido con aquel gesto. Aunque fuera en broma, nunca antes había visto algo así.

Una muestra de respeto.

Chan el Pesado soltó la campana y se dio la vuelta, resoplando y temblando tan fuerte que apenas podía levantar su hacha. Había resultado herido en el combate, con una pernera desgarrada y ensangrentada como si el joven hubiera sido arrastrado por el suelo de piedra. La herida, el baño helado y levantar campanas varias veces habían hecho mella en el iniciado, que parecía haber contraído la gripe. Pero la cólera de Chan el Pesado le impedía desfallecer.

—Dame el brazalete, alfeñique —dijo casi sin aliento. Golpeó el hacha contra la campana que acababa de soltar, y Diez hizo una mueca ante las chispas que saltaron de tan torpe golpe.

—Cálmate, Chan. Tengo tu joyita justo aquí...

—¡Que me lo des ya!

Con el sonido del grito de Chan, el suelo se estremeció con un desagradable movimiento que tenía su origen en la tercera campana y que lo derribó. Creyendo que era algún truco de Diez, gruñó y se puso de rodillas.

—Alfeñique repugnante. ¡Nadie roba a Chan el Pesado!

Pei-Ling gritó, señalando la campana. Aquello obtuvo al fin la atención de Chan, que se giró con las cejas arqueadas.

La campana temblaba. Se tambaleaba hacia un lado y luego al otro. Se oyó el sonido de un impacto, de un metal retorciéndose, y un gruñido efervescente...

... seguido de un tremendo chasquido. La tercera y última campana se acababa de partir por la mitad. Fuera cual fuese la magia antigua que la había mantenido unida durante siglos, ahora se despedazaba en vibrantes volutas de brillante energía al ser desgarrado el grueso bronce por una sombría garra negra. Las dos mitades de la campana cayeron al suelo con sincopado estrépito, dejando al descubierto una convulsa nube de humo con una llama de ébano.

No, es algo que está vivo. Un monstruo.

Parecía sacado de una pesadilla, una sombra hecha carne. Diez miró más detenidamente y sintió un escalofrío. Aquel horror estaba agazapado sobre el cuerpo de un tigre muerto, y Diez comprendió que algo había salido mal.

Se suponía que el tigre era nuestro enemigo. La muerte que se esconde, un cazador sigiloso. No esta cosa.

Recordó que el maestro Nurong había mencionado un enemigo del que Diez nunca había oído hablar: los sha. ¿Qué fue lo que dijo el Shadopan?

—Simplemente estar cerca de ellos... puede hacer que uno se endurezca frente a los aspectos más amables de la vida.

Se acercó lentamente a Chan el Pesado y a Pei-Ling, intentando apartarlos de ese tal *sha*. Ambos estaban paralizados por el terror, y Diez notó que cuanto más aumentaba su miedo más parecía crecer la criatura. Ahora esta palpataba, moviéndose en sincronía con la respiración horrorizada de los iniciados. El sha era ya más grande que ellos tres juntos y le crecían nuevas garras y tentáculos a cada segundo que pasaba. Mientras se fuera alimentando de su miedo, no parecía que el monstruo tuviera prisa alguna por atacar. Diez sabía que aquello no duraría mucho.

—¡Miradme! ¡Miradme los dos!

Los dos lo miraron, con los ojos anegados de terror. Habían sido entrenados para la lucha, sí, pero nunca antes se habían enfrentado a un enemigo que rezumara tanta maldad. Una cosa era conocer tácticas de combate, y otra muy distinta era conocer el miedo.

Diez conocía el miedo. Sacó su daga y la sostuvo enfrente de ellos.

—¡Escuchad! No somos niños atemorizados. Somos el Shadopan. Cruzamos el lago de hielo, devolvimos las monedas ardientes y matamos a la muerte que roba. Esta es nuestra prueba, nuestra oportunidad para demostrar nuestra valía y pasar a formar parte de quienes persiguen a la oscuridad. Podemos *hacerlo*.

Los otros dos asintieron, adquiriendo valor con las palabras de Diez. Este echó mano a su túnica y sacó el brazalete dorado.

—Ten, siento habértelo robado, Chan. Yo provoqué la furia que alimentó a esta cosa.

Chan el Pesado miró por encima del hombro de Diez y se detuvo con una expresión de curiosidad.

—El monstruo. Se acaba de encoger ahora mismo, cuando te has disculpado.

A modo de respuesta, el sha dejó escapar un bufido y comenzó a arrastrarse por la arena en dirección a ellos. Diez hizo una mueca.

Huy. Puede que no haya sido una buena idea.

El ladronzuelo ayudó a los iniciados a recobrar el equilibrio cuando estos tropezaron al echarse atrás para apartarse del sha. Le susurró una orden rápida a Pei-Ling, y ella le hizo otro saludo antes de deslizarse a un lado del monstruo. Este gruñó cuando sus presas se separaron, pero decidió seguir centrado en los dos pandaren que tenía delante.

Mientras retrocedía, Diez tomó la capa seca a sus espaldas y se la ofreció a Chan el Pesado, que aún estaba mojado de su anterior baño.

—Supongo que más vale que te dé también esto. Átate la pierna para dejar de sangrar.

Chan el Pesado lo pensó durante un momento y luego extendió una ancha zarpa hacia el ladronzuelo. Estaba sudorosa y carente de fuerza.

—Tengo... tengo más miedo de lo que es posible, alfeñique. Esa cosa es una pesadilla, pero estoy convencido de que encontrarás una forma de superarla, igual que te deslizaste por el lago como un maldito guijarro. Quédate el brazaletes; hasta mi madre diría que te lo has ganado.

Diez se volvió a meter el brazaletes en la túnica y cogió la zarpa de Chan lo más fuerte que pudo.

—Mantén a raya tu miedo. Rodea al monstruo cuando yo me acerque a él. No ataques.

Diez soltó la zarpa del iniciado y se giró para encarar al sha.

—Y me llamo Diez.

Con una sonrisa forzada, Chan el Pesado se ató la capa en la pierna y se apartó. El monstruo gruñó y se puso a ir a por el pandaren más grande, por lo que Diez reaccionó y corrió *hacia* el sha, daga en ristre. La criatura giró para encararlo con las garras y los tentáculos levantados. El ladronzuelo contempló a aquel horror con calma, o por lo menos con lo que él esperaba que pareciera calma.

—Este no es lugar para ti, monstruo.

El sha se acercó, con sus oscuros tentáculos listos para embestir.

—Este monasterio es un lugar de meditación y concentración. Tu intrusión en estos terrenos va contra...

Con un rugido, el sha atacó: un par de tentáculos del tamaño de ramas que silbaron por el aire cuales látigos monstruosos. Ni siquiera Diez pudo esquivarlos, y el golpe lo envió rodando al otro lado del dojo.

Muy bien, eso ha dolido de veras.

Diez volvió a ponerse en pie con gran dolor. Se le había roto una costilla, y de la boca le caía un reguero de sangre. Había logrado no soltar la daga, y la levantó lastimosamente cuando el sha se fue lentamente hacia él.

—Soy huérfano desde los siete años. He dormido en cloacas y me he enfrentado por comida a manadas de mures solo para sobrevivir. Me he cobijado de la lluvia del crepúsculo en callejones junto a ladrones y asesinos.

El sha gruñó y atacó de nuevo. Una vez más, Diez cayó dando vueltas hacia atrás, con su daga golpeteando contra el suelo de piedra. Otra costilla rota. ¿Podría ya ponerse en pie siquiera? Tenía que hacerlo. Se incorporó con un gemido, renqueante. La sangre fluía abundante por un lado de la cara.

—¿Crees que nunca me han dado una paliza, monstruo? La estación pasada, sin ir más lejos, me apaleó un carnicero por robar su basura, y un herrero por calentarme las zarpas en su forja.

Un grueso tentáculo arremetió contra él, se le enroscó alrededor y lo atrapó en un abrazo asfixiante. El sha acercó a Diez a sus fauces repletas de dientes. Diez había perdido la daga, así que rebuscó en su túnica con su único brazo libre. Su zarpa sintió el brazalete de Chan el Pesado, frío y sólido.

—He vivido a la sombra del hambre, el dolor y la muerte toda mi vida —gruñó el ladrón—. No me das miedo.

Sacó bruscamente la zarpa en dirección al sha, y el largo brazalete dorado de Chan salió despedido. Con un chasquido reventó uno de los brillantes ojos de la criatura. El sha chilló, soltó a su presa y retrocedió agitando los tentáculos, loco de dolor. Diez se puso como pudo de rodillas, escupiendo sangre. Ahora el sha era solo ligeramente más grande que él.

—¡Ahora, Pei-Ling! —gritó, esperando que su voz se oyera por encima de los gemidos del monstruo. La chica de Krasarang salió de repente de entre las sombras con la lanza extendida. Atravesó con ella al sha, usando la fuerza del impulso para empujar a aquella cosa, que no paraba de agitarse, más allá de Diez y en dirección a Chan el Pesado, quien esperaba junto a la primera campana.

—¡La campana, Chan! —exclamó Diez mientras intentaba ponerse en pie. Rezó para que el joven y enorme pandaren aún tuviera fuerza suficiente para aquel último esfuerzo.

Chan el Pesado asintió, adivinando ya el plan de Diez. Se agachó y dobló las rodillas, rodeando la campana con los brazos. Con un poderoso rugido, la alzó en el aire.

Pei-Ling empujó a toda prisa al sha, que seguía revolviéndose, hacia Chan el Pesado. El monstruo, preso de un dolor insoportable, retorció los tentáculos y sacudía las zarpas a ciegas con gran violencia. Alcanzó a la chica y le hizo sangre en hombros y brazos.

Con un grito, Pei-Ling arrojó la lanza —y al sha— directamente al interior de la campana. Chan el Pesado se tambaleó hacia atrás al recibir el impacto, y gruñó al soltar la campana boca abajo. El suelo se resquebrajó por el peso.

La campana temblaba con el salvaje zarandeo de los tentáculos atrapados bajo el borde. Chan el Pesado se sacó el hacha del cinturón y se puso a cortarlos con determinación. Pei-Ling se le unió, usando el pie para sujetar los tentáculos mientras el hacha bajaba veloz y sonaba contra el suelo.

Diez se acercó a ambos dando tumbos y sujetándose el costado con fuerza.

—Esto debería inmovilizar al monstruo siempre que nosotros contengamos las emociones.

Pei-Ling profirió su risa ronca.

—Creo —dijo—, que eso no será problema.

Diez y Chan el Pesado bajaron la vista. La campana estaba en silencio. Un fluido turbio borboteó y humeó a través de las grietas del suelo. Diez se limpió la sangre de la frente para que no le cayera en los ojos.

—Intentemos hacer sonar los trozos de esa tercera campana. Creo que hemos superado la Prueba de Fuerza.

* * * * *

La maestra Murmullo Sabio y el maestro Ventisca Algente discutían tranquilamente en la terraza que dominaba el lago helado, con gesto sereno. Así era como discutían los Shadopan, supuso Diez, y tras su pelea con el sha le pareció que tenía sentido. El ladronzuelo se inclinó hacia delante e intentó oír qué decían, pero las palabras de los maestros se perdían en el frío viento. El movimiento le hizo daño en las costillas, que aún no estaban curadas del todo. Hizo un gesto de dolor y volvió a ponerse en cuclillas.

Había habido cierta alarma por el descubrimiento de un sha dentro del monasterio, y los iniciados fueron interrogados repetidamente acerca de lo sucedido. Se enviaron a agentes del Shadopan a investigar qué había salido mal. Mientras esperaba en la enfermería, Diez se había enterado de que el tigre que aguardaba bajo la tercera campana había sido un tributo que les había enviado la aldea de Rincón Tallo Ardiente, pero resultó que ninguno de los aldeanos sabía nada de aquel regalo. Diez oyó a los acólitos murmurar sobre maquinaciones de los mántides, incluso de una conspiración de los mogu. Fuera como fuese, alguien había

intentado corromper la Prueba de las Flores Rojas y pervertir la sagrada tradición del Shadopan. Por lo que Diez dedujo, las cosas podían haber acabado mucho peor. Si el sha hubiera matado a los iniciados, podría haberse escondido en el monasterio y dedicarse a corromper a los Shadopan donde más vulnerables eran. Nadie habría sospechado nada; al fin y al cabo, en cada prueba morían iniciados.

Dicho de otro modo, Diez, Pei-Ling y Chan el Pesado eran héroes.

Diez miró a Pei-Ling, que estaba de rodillas a su lado. Iba vestida con el uniforme de un acólito, con un pañuelo blanco que realzaba el pelaje níveo que se le ensortijaba detrás de las orejas. La chica de Krasarang sonrió y señaló con la cabeza a la inmensa figura que tenía arrodillada junto a ella. Chan el Pesado también lucía un uniforme de acólito, pero llevaba una capa sucia y raída envuelta en el cuello en lugar de un pañuelo. El pequeño ladrón puso los ojos en blanco; por lo visto Chan el Pesado había jurado llevar la capa de Diez como muestra de honor mientras fuera un Shadopan.

Si es que de verdad somos Shadopan.

Y ese era el motivo de que los hubieran llamado aquí. Al parecer había cierto debate sobre si se habían ganado o no su lugar en la orden. Finalizado el interrogatorio, Diez, Chan el Pesado y Pei-Ling habían recibido la visita del maestro Ventisca Algente mientras se recuperaban en la enfermería. Había sido él quien los había recomendado por sobrevivir a una prueba a la que no habría sometido siquiera a sus estudiantes más veteranos. Estaba orgulloso de la fuerza de los iniciados, dijo, y no haría falta ninguna prueba más para demostrar su valía a la orden. Cuando los tres estuvieran recuperados y listos, podrían iniciar su entrenamiento en el dojo. Acólitos de pañuelo blanco aparecieron entonces detrás del maestro Ventisca Algente y entre reverencias entregaron a los iniciados sus uniformes.

Al día siguiente, la maestra Murmullo Sabio había venido con otro puñado de acólitos. Dio las gracias a los iniciados por su valor, pero subrayó severamente que la tradición exigía *tres* pruebas, y que la Prueba de las Flores Rojas aún no estaba completa. La intrusión del sha, aunque lamentable, había proporcionado un valioso entrenamiento de combate y desde luego contaba como prueba de fuerza. Pero no era, repitió la maestra Murmullo Sabio, una prueba de espíritu. ¿Debía ascender a aquellos iniciados que se habían helado en el lago durante la Prueba de Determinación simplemente porque esta séptima estación coincidió con uno de los inviernos más fríos que se recordaban? Sus acólitos despojaron entonces de sus uniformes a Diez, Chan el Pesado y Pei-Ling y les hicieron una reverencia al marcharse. Al día siguiente, el maestro Ventisca Algente les había devuelto los uniformes. Aquello llevaba repitiéndose una semana.

Y ahora estaban todos ahí. Los dos maestros se giraron y fueron hacia donde los iniciados se encontraban arrodillados. La maestra Murmullo Sabio arqueó una ceja.

—Mis disculpas por nuestra inconstancia, jóvenes pandaren. Estoy segura de que el maestro Ventisca Algente también lo lamenta. Esto es lo que ocurre cuando no se sigue la tradición. El caos.

El maestro Shadopan más voluminoso inclinó la cabeza en señal de asentimiento, con la sombra de una sonrisa en su amplia boca cuando le indicó con un gesto que continuara.

—Hemos estado toda la mañana discutiendo los matices de la tradición frente al pragmatismo, y juntos hemos llegado a un consenso. Hemos decidido... que no nos corresponde a nosotros tomar esa decisión.

La maestra Murmullo Sabio retrocedió entonces y dejó al maestro Ventisca Algente ocupar su lugar.

—La decisión de si debería haber o no una tercera prueba para vosotros debería tomarla el Shadopan responsable de ella. Lamentablemente, se marchó al poco de vuestro encuentro con el sha. Tal era su deber: los asuntos relacionados con nuestro detestable enemigo están bajo su responsabilidad como maestro de los Wu Kao.

El chillido de un halcón resonó en el aire matutino y Diez sonrió. Conocía ese sonido.

—Os agradezco vuestra paciencia, camaradas maestros.

El maestro Nurong llegó a la terraza dando grandes pasos. Sus botas estaban cargadas de nieve, y su capa mostraba indicios de viaje. Diez observó unas marcas de color rojo oscuro en la manga del maestro. Con una zarpa sostenía una gran ballesta; en la otra llevaba un saco. A la espalda llevaba atada la lanza que Diez se había encontrado en aquel tejado meses atrás. El maestro Nurong arrojó el saco a los pies del maestro Ventisca Algente y de la maestra Murmullo Sabio.

La bolsa se abrió al caer, y tres cabezas salieron rodando por el suelo de piedra. Al principio Diez creyó que eran cráneos; luego reparó en los ojos saltones de insecto. En las mandíbulas dentadas.

Mántides.

Cada una de las cabezas había sido atravesada en el ojo por una sola flecha de ballesta, y la maestra Murmullo Sabio levantó uno de esos truculentos objetos con expresión de curiosidad intelectual.

—Seguí a estos asesinos desde su guarida secreta situada cerca de las afueras de Tallo Ardiente —dijo el maestro Nurong. Su voz era firme y profunda, tal como Diez recordaba—. Apenas pude sonsacarles nada antes de que murieran. Los espías mántides no hablan bajo tortura. Los desmembré de todos modos solo para asegurarme.

El maestro Ventisca Algente asintió con la cabeza e hizo un gesto a un acólito que estaba apoyado en la pared del fondo. El ayudante de pañuelo blanco vino a toda prisa a meter otra vez las cabezas en el saco, tomando con una reverencia la que la maestra Murmullo Sabio le ofreció.

—Bueno, ahora ya sabemos de dónde vino el ataque, o por lo menos tenemos pruebas de peso acerca de su procedencia —dijo la maestra Murmullo Sabio—. Por desgracia, esto no alterará nuestras tácticas en la muralla. Fortificaremos allá donde podamos, pero nuestras fuerzas siguen en desventaja numérica.

El maestro Nurong sonrió y por primera vez miró a los iniciados.

—Al menos tenemos tres nuevos miembros capaces en la orden, o pronto los tendremos si pasan la última prueba.

El maestro Ventisca Algente se aclaró la garganta, frunciendo el ceño.

—Pensaba que tú, más que ningún otro, estarías impresionado por el valor que estos jóvenes iniciados demostraron al matar a un sha infiltrado. ¿Hay alguna otra forma de que demuestren tener el espíritu del Shadopan?

El maestro Nurong respondió con vehemencia: —Sí que estoy impresionado. Por lo que he oído, los iniciados demostraron coraje, fuerza y... una notable astucia. —Al decir esto señaló con la cabeza a Diez, quien pestañeó incómodo y bajó la vista.

—Pero la tradición exige tres pruebas. Y tres pruebas habrá antes de que estos iniciados sean aceptados en el Shadopan.

La maestra Murmullo Sabio hizo una reverencia con semblante complacido (que tal vez fuera lo más parecido a una sonrisa de lo que era capaz). Se echó atrás cuando el maestro

Nurong se unió a ella para ponerse frente a los tres jóvenes pandaren. El Shadopan tuerto se cruzó de brazos.

—Iniciados, en pie.

Diez, Pei-Ling y Chan el Pesado se levantaron.

—Soy el maestro Nurong de la disciplina Wu Kao. Los Wu Kao son exploradores, cazadores, espías y asesinos. Traemos la muerte desde las sombras y enseñamos a los monstruos a temer la noche.

—Os habéis sometido a la primera prueba, y quedasteis marcados por vuestra determinación. Miraos las zarpas, pues lleváis nuestro símbolo.

Los tres iniciados bajaron la vista y vieron las cicatrices redondas que se les acababan de curar en las palmas. Las cicatrices habían adoptado la forma acuñada en las monedas: el rostro de un tigre. Diez notó que Chan el Pesado sonreía.

Claro. Él tiene tres.

El maestro Nurong continuó: —Os habéis sometido a la segunda prueba, y quedasteis marcados por vuestra fuerza. Estas cicatrices son más numerosas, y os prometo que a ellas se unirán muchas más si hacéis vuestra nuestra causa.

Diez se tocó la venda de la frente y asintió solemnemente.

—Habéis derrotado a un enemigo al que solo nuestros soldados veteranos se atreven a enfrentarse. Habéis presenciado el horror del sha y sentido la oscura presencia de la criatura en vuestras mentes y vuestros corazones. Y aunque vuestra fuerza y valor pueden haberos salvado la vida, el coste de esta batalla es mayor de lo que pensáis. Por algo no enviamos a guerreros sin entrenamiento contra enemigos así.

—Desde el momento en que vuestra batalla dio comienzo, los sha supieron de vosotros y os marcaron. Y una vez que los sha han dejado su huella en vosotros, esta nunca desaparecerá. Cada encuentro que tengáis con ellos, de hoy en adelante, será más difícil y más aterrador. Ahora los sha os *conocen*. Conocen vuestros pensamientos, vuestras flaquezas y vuestros miedos.

Y Diez se dio cuenta de que *realmente* sintió miedo. Un miedo como nunca antes había conocido. Lo que el maestro Nurong dijo era cierto: había quedado marcado. Diez reprimió un escalofrío y miró a los maestros con dolor en los ojos.

Sus rostros eran inescrutables. El maestro Nurong cerró su único ojo.

—Y ahora os presento vuestra tercera y última prueba.

—Los sha son el poder colectivo de todo el miedo, el odio y el mal de nuestra tierra. Son un enemigo que no demuestra piedad y que nunca se fatiga. El deber del Shadopan es destruir a los sha. Somos la espada y el escudo contra su terror, la última y única línea de defensa contra el mal que traerían a Pandaria.

—Si hacéis el juramento de nuestra orden, elegiréis voluntariamente combatir a los sha otra vez. Y otra. Durante el resto de vuestra vida. Os adiestraremos para su destrucción, y os armaremos contra su miedo, pero una cosa es segura: siempre estará ahí.

—Esta es vuestra última prueba: hacer el juramento del Shadopan. Sabiendo todo lo que sabéis, teniendo las cicatrices que tenéis. ¿Os quedaréis con nosotros?

Diez sintió frío de repente, un frío que procedía de lo más profundo de sus huesos.

¿Enfrentarse de nuevo al sha? A... apenas sobrevivimos esta vez. ¿Y ahora me conoce? No puedo volver a hacer eso, no puedo mirar al miedo mientras me tritura contra el suelo de piedra.

Una brisa serpenteó por la terraza y Diez se estremeció. El viento glacial de aquella maldita montaña hacía que le dolieran las costillas. Diez contempló la pequeña cicatriz redonda de su palma. Pensó en regresar a El Alcor, a su hogar en los callejones.

La vida no estaba tan mal allí. Había sobrevivido, ¿no? No me iba mal siendo un ladrón.

Un ladrón.

Plumablanca chilló desde lo alto del azul cielo invernal. Y Diez comprendió que aquel ya no era título para él. Se le había quedado pequeño.

Uno no puede cambiar las estaciones.

Diez se puso en pie ante el maestro Nurong y tomó su zarpa.

—Haré el juramento y me uniré al Shadopan, maestro Nurong.

Pei-Ling se puso en pie junto a Diez, y Chan el Pesado hizo lo mismo.

—Haré el juramento, maestro Nurong.

—Y yo.

La maestra Murmullo Sabio frunció el ceño, acercándose a poner su zarpa en el ancho hombro del maestro Nurong.

—¡Pero no pueden hacer el juramento para ser Shadopan como prueba de que son dignos! El juramento solo puede hacerse *después* de haber superado la prueba. Esto va en contra de siglos de tradi...

—¡No me digas cómo debo hacer *mis* obligaciones, Yalia!

Las potentes palabras del maestro Nurong resonaron por toda la terraza, con un tono de voz inflamado que no era de rabia pero sí una peligrosa advertencia. La maestra Murmullo Sabio retrocedió, lívida.

—La tradición dicta que el maestro de los Wu Kao lleva a cabo la prueba final. Es lo que he hecho. Estos iniciados han elegido servir a su pueblo, sabiendo muy bien el terror que los espera en los próximos años. Han demostrado el valor y la fuerza de espíritu que los Shadopan necesitan en estos tiempos sombríos.

Plumablanca descendió a la terraza, posándose en el hombro de su amo.

—Habéis superado la última prueba, jóvenes Shadopan. Al atardecer haréis vuestro juramento ante lord Taran Zhu en el puente de la iniciación. Y no, esta vez no os dejaré caer al lago.

Los otros dos maestros salieron en fila de la terraza, seguidos de sus acólitos. Diez notó que los ojos de la maestra Murmullo Sabio evitaban los suyos. Se preguntó si su comportamiento sería siempre tan adusto, y no sentía precisamente ganas de entrenarse a sus órdenes. Pero eso ya vendría otro día.

Hoy, soy del Shadopan.

Hizo una reverencia y siguió a Pei-Ling y a Chan el Pesado. Ahora se mudarían a las estancias para estudiantes, y Diez estaba emocionado de tener una cama propia, y con suerte cerca de sus nuevos amigos.

—Diez el del pergamino sazonado, quisiera hablar contigo.

Se giró para ver al maestro Nurong sentado en un banco de piedra al final de la terraza. El Shadopan tuerto estaba apoyado contra la pared, claramente cansado por su viaje. Diez se acercó, inclinando la cabeza de forma respetuosa.

—¿Sí, maestro?

El maestro Nurong contempló a Diez con mirada fatigada y extendió una zarpa.

—Tienes algo que es mío. Me gustaría que me lo devolvieras.

Diez sonrió, buscando en el interior de su túnica.

—Discúlpeme, maestro. Uno no puede cambiar las estaciones... pero es difícil perder las costumbres.